

La entrevista en el trabajo de campo

Ricardo SANMARTÍN ARCE
Universidad Complutense de Madrid

Hablar de «la entrevista en el trabajo de campo» implica ya una concreta concepción de lo que entrevistar supone. Se pretende presentar la entrevista como una de las principales técnicas de la investigación antropológica que se funda en la experiencia del trabajo de campo. No se trata, por tanto, de una reflexión sobre la aplicación aislada de una técnica al margen del conjunto de otras técnicas, estrategias o procedimientos de investigación. Si se comenta la entrevista, se hace desde la perspectiva de su inserción en el desarrollo de un trabajo de campo antropológico: viendo la entrevista desde el conjunto del trabajo de campo, a la vez que tratando de atender al modo como se configura el trabajo de campo desde la entrevista. Esto es, nos preguntamos cómo se entrevista cuando esto se hace en un trabajo de campo, qué condiciones impone el trabajo de campo a la entrevista y, a su vez, qué aporta la entrevista a lo que el conjunto del trabajo de campo persigue, o cómo la práctica de entrevistas va marcando el desarrollo mismo del trabajo de campo.

En vez de repasar, resumir y glosar o criticar la bibliografía intentaré aportar lo que la práctica de la entrevista me ha enseñado. Esta rememoración reflexiva sobre la propia elaboración de la etnografía, si bien no podrá recorrer todos los aspectos de la entrevista, ni todos los problemas que su uso plantea ya que solamente responde a una determinada experiencia, espero que, por tratarse de un conocimiento ganado precisamente como fruto de la experiencia, conserve aún en la escritura algo de la complejidad real que caracteriza cada uno de los distintos contextos y situaciones en los que esa práctica fue haciéndose y decantando un cierto conocimiento.

Pero hablar de la entrevista desde la globalidad de la experiencia del trabajo de campo y desde una relativa diversidad de contextos y temas, estudiados

a lo largo del tiempo y en distintas ocasiones, obedece también al deseo de precisión y rigor. Aunque pueda resultar paradójico, la entrevista es más eficaz, penetra mejor en aquello que debe alcanzar, cuando, siendo fiel a la vida real por la cual se pregunta, a esa misma vida se amolda como uno de sus fenómenos, convirtiendo la entrevista en una de sus situaciones normales. Si queremos describir con rigor lo que la entrevista supone como herramienta para la etnografía, hagámoslo partiendo de la misma base desde la que partimos para etnografiar cualquier cosa en el trabajo de campo: la experiencia de campo conviviendo con los actores, como uno más de ellos en la medida de lo posible. En tan analógica situación, con tan densa y compleja forma, llena siempre de pequeñas matizaciones difícilmente explicitables, tan lejos en apariencia de una clara delimitación científica es donde sin embargo se desarrolla la manera más precisa de entrevistar, la que con mayor rigor puede discriminar los contenidos humanos y culturales que la Antropología persigue.

La diversidad de temas, situaciones y contextos en los que se ha usado la entrevista nos permite realizar comparaciones que iluminan algunas de las dificultades que surgen en la investigación de campo. De modo similar a como sucede con las peculiaridades que impone el medio rural o el espacio urbano a la observación participante, también en la entrevista cabe encontrar tantas diferencias como semejanzas entre ambos tipos de espacio humano. No quiere esto decir que, siendo distintos ambos tipos de espacio, los consideremos a grandes rasgos como internamente homogéneos. En realidad a esa disparidad hay que sumar la propia de su distinto pluralismo interno. En ambos contextos, la distinta segmentación social, el panorama tan diferente de la diversidad de los roles que cada caso contiene sugiere una selección de informantes específica y, en todo caso, ajustada al tema que sea objeto de la investigación. A esas diferencias de espacio, de pluralismo y segmentación interna hay que añadir las que se derivan del distinto tipo de trabajo de campo efectuado. Aun cuando el tipo de informante pueda ser similar, o incluso tratándose en ocasiones de unos mismos informantes, el papel y peso de la entrevista es mayor, por ejemplo, en un estudio de área que en un estudio de comunidad. En este último caso, la mayor frecuencia de interacción con unos mismos actores, durante una estancia larga y continuada, otorga a la observación participante ventajas que no se alcanzan en el más amplio estudio de área y que la entrevista y la observación documental tendrán que compensar. Con todo, es la diferencia temática la que, sumada a las anteriores, introduce en las entrevistas dificultades y características peculiares que intentaré subrayar más adelante. Pero antes de entrar en ello creo conveniente que nos preguntemos sobre el hecho mismo de preguntar.

PREGUNTAR. EL CONTEXTO DE DESCUBRIMIENTO

No sólo en las entrevistas hacen preguntas los antropólogos. A lo largo de toda la interacción social que se despliega en cualquier trabajo de campo abundan más las preguntas que se formulan a los actores que en las entrevistas propiamente dichas. Pero tanto unas como otras proceden de algo que precede a su formulación. El investigador se pregunta a sí mismo antes de poder proponer sus preguntas a los actores. Es obvio que lo hace porque percibe una inquietante diferencia entre lo que sabe o conoce y lo que necesita saber para aquietar su consciencia. Preguntar es una de las salidas a la energía que salta de esa diferencia de potencial entre ignorancia y deseo de conocimiento y que se traduce en un primer cuestionamiento a uno mismo en busca de respuesta. Otra cosa diferente será llegar a formular preguntas efectivas a los actores o a los informantes a quienes finalmente entrevistemos. Digo «finalmente» porque quisiera subrayar el trayecto que aún ha de recorrer el investigador entre la percepción inicial de una cuestión y la formulación de preguntas a los actores. Bien mirado, ese preguntarnos a nosotros mismos es quizá la forma más básica que toma el esfuerzo del pensar discursivo, de ese pensar que es a la vez una búsqueda que va añadiendo elementos configurando un argumento, que compara y al mismo tiempo dibuja una imagen o un camino que enlace lo que el pensador sabe y lo que ignora, y a través del cual pueda transitar para transformar poco a poco lo que ignora y lo que sabe, ambas cosas. Para recorrer ese trayecto entre los dos tipos de pregunta es para lo que el investigador diseña su trabajo, prepara su observación o sus entrevistas.

Si insisto en iniciar la reflexión sobre la entrevista en lo que a primera vista parece ser su quintaesencia: preguntar, es para poder situar el foco de la atención un poco más atrás todavía, no ya en la pregunta que a nosotros nos planteamos, sino en aquello que la provoca, en su despertar o nacimiento. De ese tan inicial origen depende la verdadera configuración de la pregunta, y si queremos obtener de nuestras entrevistas un material etnográfico que responda a lo que la investigación persigue, tendremos que asegurarnos de la calidad de las preguntas. Para ello, lo primero que deberíamos esclarecer es la naturaleza de la pregunta y su verdadero contenido. De ahí que nos remontemos hacia atrás, hasta su nacimiento. Así pues, no se trata tan sólo de que sepamos cómo preguntar, sino de saber qué estamos haciendo al preguntar y qué es lo que, en realidad, estamos preguntando. Sólo después de haber esclarecido un poco estas cuestiones preliminares podremos hablar de la entrevista. Reconoceremos entonces que la esencia de la entrevista es la escucha, una escucha atenta que se apoya en el lecho que le brinda esa apertura de la atención provocada por la pregunta; pero que calla más que formula, que espera a que la realidad de la situación, del encuentro con el otro, le responda.

Nos remontamos hasta ese punto en el que la pregunta se despierta en nosotros, se nos hace presente, no sólo porque es así como acontece, como de hecho se inicia el proceso, sino también porque en un oficio como el de antropólogo su secreto, su arte, su consistencia, depende, como en todo lo relativo al conocimiento de lo humano, de una más paciente espera, de un cultivo de la alerta, de la atención abierta ante la alteridad cultural, que exige una ralentización del paso del sujeto de la investigación por el contexto de descubrimiento. Si la Antropología busca comprender al Otro, depende constitutivamente de un peculiar esfuerzo por encontrar lo uno en lo diverso, la semejanza humana en la diferencia cultural¹. Pero eso no se alcanza si no se consigue reconocer con precisión la diferencia cultural. Esta la detectamos por el choque que nos produce el contacto con la alteridad. Es entonces, en esa experiencia del contraste, cuando hemos de precisar con qué elementos propios choca lo ajeno para, desde ellos, iniciar el recorrido de la distancia entre ambos polos, trasladando nuestro horizonte hacia el suyo, modificándolo para que abarque, como humanamente posible y razonable, la novedad que la experiencia etnográfica nos presenta. Claro está que ese movimiento es tentativo, va procediendo mediante ensayo y error hasta descubrir el punto en el que irrumpe la diferencia cultural. De ese modo el investigador se demora lo suficiente para descubrir la verdadera naturaleza del problema que la diferencia cultural le plantea. Sólo desde ese desvelamiento podrá formular las preguntas adecuadas. Lo que provoca, pues, que ante el choque cultural nos preguntemos es la experiencia de una forma distinta de hacer cosas cuya común humanidad percibimos pero aún no comprendemos. Nos choca porque relativiza la naturalidad de los propios constructos culturales y, desvelando su artificio, mina la firmeza del suelo creencial que para nosotros suponían dejándonos en esa tensa inseguridad previa al conocimiento. No detenernos en este proceso del descubrimiento, a la espera de que el contacto con la realidad ajena comience a despertar los verdaderos problemas, puede frustrar cualquier pregunta o diseño, cualquier esquema de hipótesis que deseemos comprobar luego. Por otra parte, tampoco evitaríamos los daños que el paso apresurado por la etapa de descubrimiento produce, valiéndonos de un conjunto de precisas definiciones operativas previas. No significa esto que proponga un acercamiento ciego o supuestamente ingenuo al contexto de la investigación. Estoy presuponiendo que ya existe ese gran diseño previo y que es en el contacto con los actores donde y cuando, al intentar aplicarlo,

¹ Para una más amplia discusión del sentido de esa ralentización de la atención en el contexto de descubrimiento véase R. Sanmartín: «La razón antropológica» y «Antropología creativa» en C. Lisón (ed.), 1998: *Antropología: Horizontes teóricos*, Granada, Editorial COMARES, pp. 165-199.

comenzamos en realidad a percibir los problemas. Es más, a eso unimos un acercamiento holístico, el cual es siempre un acercamiento pendiente de la percepción de la imagen o forma de la alteridad, abierto y receptivo ante la configuración de unidades en la cultura ajena. Si en Antropología se insiste en un acercamiento holístico es, entre otras cosas, porque dividir de entrada lo que observamos con un conjunto de definiciones operativas previas, manteniendo rígidamente la fidelidad a las hipótesis iniciales, puede equivocar enteramente el sentido de la verdadera investigación de campo. En tales casos planteamos un acercamiento a lo desconocido como si lo conociésemos mejor de lo que en realidad sabemos y, dividiendo en partes algo cuya unidad aún desconocemos, equivocamos la definición de esas mismas partes cuyo verdadero sentido sólo lo obtendrían de su dependencia e inserción en el todo en el que la realidad nos las ofrece. De no proceder así, lenta y atentamente, a la espera de que la cultura ajena nos muestre sus formas y unidades que le son propias, estaríamos reificando lo que no es sino un proceder analítico. Mal podremos saber el sentido de las partes cuando aún no sabemos bien cómo delimitarlas por desconocer de qué cuerpo, red o unidad son partes las que como tales con tanta premura han sido diferenciadas o predefinidas. Las prisas en el contexto de descubrimiento, haciendo bascular el peso del rigor en el contexto de justificación, responden con frecuencia a una pauta asumida inadvertidamente en el estilo académico de nuestro mundo. Por eso, además de caracterizar el quehacer científico, le añaden también un cierto etnocentrismo. De ahí, por tanto, el interés en ralentizar ese proceso de descubrimiento. Los hechos no hablan solos, hay que hacerlos hablar. Pero eso sólo lo lograremos formulándoles las preguntas adecuadas a ellos, y para poder hacerlo hemos de dejar primero que ellos nos interpielen a nosotros, que nos incomode la relativización de lo propio causada por la eficaz alteridad de lo ajeno, dejando que la especificidad de los logros culturales ajenos penetre en nuestro interior cuestionando nuestro mundo hasta lo más hondo. Se trata, en última instancia, de darle a la verdad la oportunidad que se merece y que nos reclama; de dejarle que incida en nosotros y, por ese golpe imprevisto, muestre tanto su autonomía como la existencia en nosotros de unos presupuestos implícitos. Es así, por su alteridad, como empezamos a percibir la objetividad de la verdad.

Dilthey, Weber y tantos otros nos enseñaron que el conocimiento de lo humano no surge de la asepsia cognitiva. La significación misma depende de la referencia de los hechos a valores. Pero esa intrínseca contaminación del conocer no vulnera la calidad y verdad del conocimiento humano. Exige, eso sí, un cultivo de la sensibilidad humana, de ese instrumento que tiene que registrar con rigor y precisión el impacto de lo ajeno. El antropólogo ha de formarse en algo más que en su propia disciplina. Ha de poner su empeño en ser

un hombre, pues para investigar habrá de poner su humanidad en juego. Ese componente moral, que inevitablemente sustenta la investigación antropológica, aun cuando puede fácilmente caricaturizarse, bien como partidismo, bien como idealismo más o menos romántico, en realidad lo que nos recuerda es la presencia de la imagen del hombre que efectivamente posee el investigador y a la que referirá todo elemento de conducta observado o escuchado para poder reconocerlo en sus dimensiones humanas y con el fin de poder comprenderlo. Es esa imagen la que resulta cuestionada en la convivencia prolongada con los actores durante el trabajo de campo. Es más, para poder empezar a entender la verdadera entidad del problema que así irrumpe en nuestro horizonte, dada la novedad del dato cultural ajeno, tendremos que asimilar esa experiencia de alteridad y eso va a promover un cambio en el propio investigador, consistente en un incremento de los lugares morales reconocibles desde los cuales podrá proyectar el investigador el vector de su atención. La naturaleza exacta de los problemas que se nos constituyen en el trabajo de campo depende, por tanto, de ese componente moral de la investigación. Así pues, si la intelección misma de lo vivido durante el trabajo de campo condiciona la percepción de los problemas a dilucidar en la investigación, parece claro que el trabajo de campo mismo crece durante su desarrollo. No se trata por tanto de la mera aplicación de un diseño previo, sino en realidad de un desarrollo sostenido, repetido y continuo del paso de la atención del investigador por el contexto de descubrimiento. Pensamos preguntándonos en un movimiento sostenido de atención abierta al diálogo con el conjunto de la situación de campo.

De ese pensar que obedece a las preguntas percibidas, sentidas, en el contraste con la alteridad, nacen también las preguntas que formularemos en la entrevista. Estas últimas las proponemos a modo de instrumento inicial, de tanteo a grandes rasgos, capaz de promover en nuestros interlocutores un discurso que transcribiremos tras su registro sonoro y que someteremos a estudio. Para suscitar dicho discurso proponemos a nuestros informantes una serie de cuestiones que no son una simple exteriorización de las preguntas que nos hemos formulado. Tampoco son una mera y directa traducción. De algún modo nuestras preguntas han de interesar a los actores tanto como para que a ellos les merezca la pena el esfuerzo de responder, de preguntarse también a sí mismos y de poder establecer en el discurso algo que les importe afirmar o negar. Se trata pues de cuestiones con, al menos, un doble papel: han de servir para generar un material etnográfico que a nosotros nos pueda interesar pero, a la vez, han de resultar interesantes para los actores. Como es fácil adivinar, estoy presuponiendo cuestiones que no se limitan a las preguntas sobre meros hechos tales como nombre, edad, profesión, número de miembros de la unidad familiar o similares. Todo esto es algo que cabe encontrar con facilidad

usando otros medios y que un vistazo al censo de población, por ejemplo, resuelve rápidamente. Con todo, se usa a veces estas preguntas por comodidad, como una manera de romper el hielo inicial en el encuentro, o incluso con la intención de comprobar la fiabilidad de las fuentes documentales previamente conocidas. En cualquier caso, si la entrevista tiene interés como técnica de investigación no es tanto por este tipo de datos. La entrevista más que buscar información sobre hechos busca un discurso nativo que los comente, que los valore, que los relacione y contraste con otros, de modo que en dicho discurso nos vierta el actor modos de categorizar su experiencia; un discurso donde el actor despliegue estrategias cuya observación resulte relevante para nuestros propósitos o desarrolle todo un conjunto de descripciones y opiniones desde las cuales podamos inferir pautas, valores, principios o creencias en operación. Para alcanzar ese objetivo las cuestiones que propongamos en la entrevista han de conectar ambos intereses: del actor y del investigador. A ambos les han de resultar relevantes, si bien su significación la ganan en contextos culturales diferentes. Preguntar, por tanto, no es pedir a los informantes que hagan nuestro trabajo o que nos resuelvan nuestros problemas, sino establecer un puente o medio a través del cual sea posible ir y venir entre universos culturales. Si es su alteridad la que nos cuestiona planteándonos una serie de preguntas antropológicas, nuestra respuesta en la entrevista consiste en activar con las preguntas los recursos culturales del actor para observarlos en operación. No esperamos que las respuestas que los informantes nos den a las preguntas que eventualmente consten en nuestras entrevistas contesten directamente las preguntas que nos formulamos en un trabajo de campo. Resolver los problemas que en una investigación se plantean no es nunca algo tan simple como comprobar si las respuestas de los informantes confirman o rechazan las hipótesis de partida. Entre la etnografía recogida en la entrevista y la producción final de un texto antropológico media todo un largo proceso de reflexión e inferencia al que corresponde elaborar el tipo de respuesta que los problemas nos demandan. La entrevista, por tanto, podríamos considerarla como un caso particular de la observación: se funda en la más amplia observación participante², sin cuyos datos difícilmente podría plantearse con eficacia; requiere, para cumplirse en su totalidad, que el entrevistador observe el hecho mismo de la entrevista y, finalmente, ella misma es observación de ese despliegue en vivo de los recursos culturales que hace el entrevistado en su discurso.

² Para una más amplia discusión de la observación participante véase Sanmartín, R., 1999: «Valores Culturales. El cambio social entre la tradición y la modernidad». Granada, Ed. COMARES.

PREPARACIÓN

Para llegar a la realización de una entrevista previamente hay que prepararla. Es ésta una fase más larga de lo que pueda parecer a primera vista, pues no se trata tan sólo de pensar unas preguntas y escribirlas en una hoja de papel. Preparar una entrevista supone que tenemos que prepararnos nosotros mismos, preparar el tema y conseguir la aceptación del encuentro por parte del entrevistado. Se trata de una fase cuya realización resulta más fácil si la entrevista forma parte de un trabajo de campo desarrollado en una pequeña comunidad rural en la que estamos conviviendo para la realización de un estudio de comunidad, por ejemplo, que si la entrevista se encuadra en un estudio de área o en una gran ciudad. La previa convivencia con los actores, el conocimiento del lugar y de los problemas que se han ido suscitando a lo largo de un trabajo de campo de ese primer tipo, todo ello no sólo nos proporciona un conocimiento muy denso y fiable como para plantear con naturalidad los encuentros con los informantes, sino que también ellos nos conocen a nosotros mejor que en medio del anonimato de la gran ciudad.

En una ciudad o en un estudio de área, el encuentro con los informantes requiere una más larga preparación. Entretejer una red de informantes exige en estos casos un uso más intenso de intermediarios que faciliten los contactos. El uso sucesivo y ordenado del correo y el teléfono, y la presentación a través de intermediarios son casos particulares de la vieja regla que, aconseja conocer las normas de trato de los actores y usarlas como ellos lo hacen. Con todo, a pesar de la proximidad cultural y de la familiaridad con dichas normas, no sólo se emplea más tiempo en la preparación de las entrevistas en esos casos, sino que la mayor complejidad de la segmentación social interna de la ciudad y el distinto pluralismo de roles en cada tipo de contexto plantea dificultades específicas. La semejanza cultural, si bien nos facilita el conocimiento de las expectativas y de las normas, facilita igualmente a los actores un conocimiento estereotipado de lo que cabe esperar de nosotros como investigadores en alguna de las ciencias sociales. Esto, que erróneamente podríamos creer que constituye una ventaja comparativa sobre el trabajo en zonas rurales o exóticas, en realidad crea una dificultad adicional al clasificarnos con excesiva facilidad en uno de los roles disponibles, limitando en consecuencia la libertad del investigador. Sin duda alguna, aquella cultura que más nos atrapa es siempre la propia, aquella en la cual, además de investigadores, somos primariamente actores. Por eso, en contextos de mayor semejanza cultural, la adscripción al rol que nos asignan los actores cuenta con nuestra inconsciente complicidad, cayendo con facilidad en un rol para cuyo correcto desempeño hemos de comportarnos como buenos actores, sin salirnos del guión cultural de sus expectativas. El actor, en su interacción con el investiga-

dor, pulsa con facilidad el resorte de unas creencias, vigencias y reglas con las que puede conducir nuestra conducta aun en contra de los intereses de la investigación.

Siempre se ha dicho que el rol del investigador se crea en función de los roles disponibles en la cultura de los actores que estemos estudiando. Pero eso no significa que se deba asumir en su integridad, sin más, alguno de los roles tal cual existen en el lugar. El rol del investigador es siempre un nuevo rol que construye el antropólogo en su interacción en el campo con los actores. Es pues un rol resultante del juego entre sus necesidades y las posibilidades que le ofrece el conjunto de elementos que componen los roles nativos existentes, siendo esto último una condición de intelección de su novedosa conducta. Es tal tipo de rol el que permite al investigador moverse con libertad sin vulnerar normas locales. De la creación de esa posibilidad se ve privado el investigador con más facilidad cuando los actores coinciden con él en la creencia de que están tratando con un profesional, un antropólogo, un sociólogo o con un profesor universitario. Por otra parte, no es esto sino uno de los problemas que se derivan de la falta de distancia cultural entre investigador e investigados en tal tipo de contextos. Una parte de la preparación de la entrevista consistirá en romper la rigidez de las expectativas estereotipadas y crear lentamente una imagen más polivalente. De hecho, el anonimato de la gran ciudad, el cierre relativo de sus círculos de pertenencia y el menor interconocimiento que la caracterizan, en comparación con la pequeña comunidad estudiada tradicionalmente por los antropólogos clásicos, acumulan una sobrecarga en los prolegómenos de toda entrevista, pues es ahí donde y cuando el antropólogo ha de alterar las expectativas del informante y recrear su rol de investigador en poco tiempo y sin contar con la multiplicidad de situaciones cotidianas de encuentro que facilita la convivencia en una pequeña comunidad. Es más, si en tales contextos urbanos el trabajo se centra en un tema cuyo estudio permite o presupone el desconocimiento recíproco entre informantes, la recreación del rol habrá que renovarla cada vez, ya que el conocimiento que unos actores alcanzan del rol creado por el investigador no se traslada a los nuevos encuentros. Sólo es el investigador quien va en estos casos acumulando experiencia pero, con todo, en cada encuentro ha de empezar de nuevo, sobre todo en la gran ciudad o cuando el tema se independiza progresivamente del espacio.

El problema se palía en gran medida en aquellas ocasiones en las que es posible repetir el encuentro con unos mismos informantes, como es frecuente al recoger historias de vida. No es ese el único caso que requiere varias sesiones con un mismo interlocutor para cubrir el objetivo perseguido. En realidad casi cualquier tema puede seguir ahondándose en nuevas sesiones, y siempre una segunda o tercera entrevista, convenientemente distanciadas para no abru-

mar a los sufridos informantes, se beneficia tanto del conocimiento del tema en sí sobre el que se trabaja, como del conocimiento recíproco que van sumando los interlocutores. Con todo, cuando la proximidad cultural entre actor e investigador es mayor, mayor es también la limitación que imponen las normas sociales compartidas pautando un ritmo aceptable para la interacción y las entrevistas, introduciendo de ese modo una más larga duración en el proceso de investigación, que discurre en paralelo y con naturalidad junto al proceso social compartido.

La preparación del entrevistador no se limita a la creación del rol. Prepararse implica documentarse y hacerse el ánimo, componer su disposición anímica y cognitiva en términos adecuados al tema y tipo de actor. Cuanto más conozca sobre el contexto, el tema y el interlocutor, lo que sucede no es que resulte más innecesaria la entrevista, sino que ésta podrá concentrarse mejor en su objetivo y el investigador podrá conducir la conversación con mayor naturalidad y menos preguntas. La lectura de estudios anteriores sobre el tema y el lugar, de textos locales en los que se recojan normas o reglas propias de los actores, de sus asociaciones, de su profesión, historia local, crónicas y descripciones de viajeros, folletos sobre las fiestas, relatos, cuentos, dichos y leyendas, constituyen una fuente de información en la que la huella del punto de vista de los propios actores, convertidos en autores de sus propios textos, resultan de gran valor para el antropólogo. Obviamente, cualquier producción nativa es valiosa tanto por lo que dice, como por lo que permite inferir y, en el caso específico de los poetas y artistas plásticos, a quienes he entrevistado en medios urbanos, la lectura previa de sus obras y de las obras de los críticos, ha resultado clave para poder preparar las entrevistas. Eso ha permitido conocer con precisión los problemas en torno a los cuales se centran los intereses de los informantes, obteniendo así un conjunto de temas sobre los cuales era lógico esperar que produjeran con facilidad un discurso propio, amplio y rico en comentarios, a partir del cual podría iniciar la inferencia de sus contenidos culturales. En cualquier caso, aun cuando son la convivencia y la observación participante quienes en mayor medida nutren de cuestiones al entrevistador, apoyar las entrevistas en la observación documental del lugar es siempre necesario y enormemente útil si conseguimos actas y escritos profesionales o de las instituciones locales, documentos y escritos personales que los informantes mismos nos faciliten, como agendas, diarios, libretas de contabilidad o similares. Todo ese conocimiento así obtenido nos ayuda a sumergirnos en la historia local, en la intrahistoria de los actores, en su vida cotidiana, en ese mundo suyo ante el cual brotan las preguntas que se nos plantean. Por otra parte, toda esa documentación nos permitirá formular preguntas y casos reales a modo de ejemplos sobre los cuales los actores tendrán mucho que decir.

Aun cuando de la lectura de esos documentos surja la necesidad de ciertas aclaraciones que sólo los actores podrán darnos, no es ese el único ni el principal tipo de cuestión que justifica la entrevista. Buscamos activar, a través del diálogo y planteando temas para el encuentro, los recursos culturales del actor, su sistema categorial, sus figuras de valor, sus creencias más básicas, los procesos semánticos y los focos centrales de la atención vital que les caracteriza. Buscamos además todo ello en gerundio, para poder percibirlo en vivo, mientras están categorizando lo que nos describen; para apresar en sus valoraciones las figuras específicas y concretas de sus valores, valiendo; de sus creencias, creyendo, definiendo y creando la realidad en torno a sus preocupaciones centrales. Lo que a la preparación compete para lograr esto es pensar bien qué temas son los más adecuados a nuestro objetivo; qué ejemplos les podemos plantear a nuestros informantes, extrayéndolos de lo que previamente hemos observado en su vida o en sus documentos; qué formulación se ajusta más a lo que ellos van a poder entender mejor, ya que con ella se van a sentir seguros, con su propia autoridad, a la hora de responder. Anotar esto en una hoja de papel, en una agenda o en la memoria del entrevistador depende de la capacidad y habilidad de cada cual. Según fuere la situación, el tema y la persona del entrevistado, la propia experiencia es quien dará con mayor precisión un consejo más eficaz.

En cualquier caso habrá que concertar fecha, hora y lugar adecuado para la entrevista, sobre todo en aras de lograr una grabación que luego resulte audible y podamos transcribirla. El domicilio del informante, su despacho en la empresa, su estudio, taller o la sede de la institución que representa, sin observadores ajenos al caso, son lugares más adecuados que el domicilio del intermediario, el del investigador o un lugar público, ya que el entrevistado no sólo se sentirá más seguro y natural, sino que a su vez el lugar se convertirá en contexto de la observación. Con todo, es difícil generalizar sobre la calidad o bondad de los lugares. Las variables reales a tener en cuenta son particulares de cada caso y es a esas circunstancias a las que hay que atender. Por otra parte hay muchos casos en los cuales la entrevista se integra dentro de un proceso de interacción cuya duración comprende otras actividades consideradas por los actores como de distinta naturaleza. No podemos en esos casos desvincularnos del cambio que el desarrollo de la situación impone. Plegándonos al mismo con naturalidad, como asimismo hacen los actores, conocemos desde dentro, viviéndolas, la naturaleza de esas actividades y el sentido local de su encadenamiento. Aun cuando las anécdotas pueden ser casi tantas como ocasiones, recuerdo varias entrevistas con artistas en las que, después de haber recogido en coche a uno de los informantes en una localidad, nos trasladarnos al domicilio de otro para celebrar el encuentro en su ciudad. La conversación se prolongó, incluyendo cena y visita posterior a un tercer infor-

mante en una nueva localidad, para ver en el taller la obra plástica de uno de ellos en trance de finalización. Obviamente lo inicialmente preparado como «entrevista» termina transformándose en una serie encadenada de entrevista cualitativa en profundidad, entrevista de grupo, conversación, observaciones y participación que sólo en parte cabía prever la primera vez que la lógica de la situación lo hizo posible. A veces, en las conversaciones mantenidas durante los trayectos, los actores vierten frases que condensan ejemplarmente alguno de los elementos etnográficos que perseguimos. Ni se trata de una entrevista, ni es posible grabarla, pero el hecho ilustra el modo como irrumpe la etnografía que resulta relevante y a cuya ocurrencia hemos de amoldarnos, recordándola y anotándola lo antes posible. En realidad, lo que esos hechos revelan es algo enteramente usual en todo trabajo de campo. Es el proceso de interacción social el que marca la pauta para llevar a cabo nuestro trabajo. De ahí que no podamos concebir la entrevista como algo aislable del resto de técnicas y procesos del conjunto de una investigación de campo. La preparación, pues, no ha de ser un diseño tan completo que ahogue la naturalidad social según la cual se producen las situaciones en el contexto.

Prepararse uno mismo y preparar al informante no son asuntos separables de la preparación del tema de la entrevista. Toda la preparación, en el fondo, consiste tan sólo en hacer lo necesario para crear un encuentro verdadero entre hombres que van a poner en común sus experiencias de la vida. Las lecturas, los contactos y las presentaciones o la redacción de una breve serie de preguntas, son solamente una parte de ese proceso cuya clave reside en el cambio de disposición humana, en la apertura de la atención, en la autenticidad de nuestra actitud ante nuestros interlocutores. Sólo esto permite ajustarnos en cada caso a la especificidad de la situación, del tema y de la persona con quien nos encontramos. El cambio de contexto, de tema e informante (pescadores, agricultores, pequeños empresarios, políticos locales, pintores, escultores, poetas, conversos, creyentes) exige del investigador cambios personales que no son un simple aprendizaje de normas de trato, sino de ubicación y orientación interiores. Cambios que le constituyen en sujeto que escucha a alguien y no en un mero recopilador de información. Del rigor, seriedad y autenticidad con que logremos encarnar esa precisa y matizada actitud de escucha hacia ese alguien concreto que, en cada caso y tema, es nuestro interlocutor dependerá la calidad de la entrevista. Tal tipo de actitud no puede simularse. El contenido de las actitudes se transparenta en la interacción, de modo que es su verdad la que se transmite al interlocutor. De ahí que la única forma de prepararse para ello sea la veracidad de nuestro cambio de posicionamiento personal.

EL ENCUENTRO

La realización de la entrevista ha de desarrollarse en coherencia con su preparación. Lo que preside, por tanto, todo el proceso de la entrevista es su naturaleza de encuentro humano y su inserción en un trabajo de campo más amplio que ella misma. Es responsabilidad del entrevistador crear esa situación de encuentro a partir de la actitud descrita más arriba. Es así como percibirá el entrevistado que somos alguien merecedor del contenido humano que va a transferirnos a lo largo de la conversación. Es este logro el que zanja el tan exagerado problema del uso del magnetófono o la cámara de vídeo para el registro de la entrevista. Exagerado, porque es sólo la insuficiente experiencia del inexperto lo que le dificulta crear con resolución y veracidad una imagen digna de interlocutor, humana o moralmente capaz de recibir y comprender lo que, como lecciones aprendidas de la vida, está dispuesto a relatarle el informante. Evitar la suspicacia, las reticencias, las medias verdades, la simple desconfianza o el engaño es algo que depende más de ese esfuerzo moral, necesario para construir un verdadero encuentro humano, que del dominio práctico que el uso repetido de unos aparatos otorga. No es un logro que se alcance centrando la atención en nosotros mismos, sino abriendo radicalmente la atención ante el entrevistado. Es esta actitud la que canaliza la empatía y la que nos ayuda a ponernos en el lugar del otro.

Así y todo, algunos informantes prefieren que no se registre su voz o su imagen. Esto no impide el desarrollo de la entrevista. Sólo dificulta el registro sonoro o visual de la misma y la posibilidad de una citación literal posterior. Si ese registro fuese la única justificación de las entrevistas, podríamos en estos casos reconocer un fracaso. En realidad cada medio expresivo sólo es capaz de dar cauce a una parte del encuentro. Siempre quedan contenidos importantes que, por carecer de sonido no pueden grabarse, aunque sí filmarse. Con todo, hay casos cuya filmación siendo posible resulta del todo insuficiente. No olvidemos que también lo registrado con medios técnicos alcanza su sentido sólo al percibir su relación con un amplio conjunto de elementos del contexto social, histórico y cultural ausentes por completo de una escena registrable. No hay cámara tan capaz como la memoria. Por ello es necesario unir siempre a toda entrevista, aun cuando haya sido grabada o filmada, la redacción de lo observado en ella y las reflexiones que al hilo de su realización se hayan ido produciendo.

Del mismo modo que el entrevistador ha de construirse a sí mismo en esa situación de encuentro verdadero, tendrá que reconocer al informante en su integridad personal, con la dignidad que su lugar social le otorga en su contexto y como alguien capaz de enseñar todo aquello que de la cultura local pueda aprenderse. Encarnando esa actitud en su conducta, y probándola a lo

largo de toda la entrevista, es difícil que el discurso producido por el informante carezca de autenticidad. Podrá contener información errónea sobre hechos, ya que el informante mismo puede estar mal informado, pero no podrá sustraerse al tipo de interacción que nuestra actitud le estará exigiendo de hecho. La información equivocada puede corregirse contrastándola con la observación o con otras entrevistas, pero los contenidos humanos que busca el antropólogo sólo se producen si el informante pone de su parte un esfuerzo moral similar al nuestro. A ello se ve abocado por nuestra creación de la relación de encuentro en la interacción establecida. La referencia que el informante haga a sus valores en ese esfuerzo, poniendo en marcha el proceso semántico cultural, desplegará ante nosotros el panorama de su cultura. Así es como la actitud del entrevistador resuena en el entrevistado y, armonizando sus actitudes por la reciprocidad básica de toda relación social, acaban ambos produciendo un discurso cuyo contenido apoya su densidad cultural en la calidad humana del encuentro. Es así, en la interacción social de ese tipo de encuentro, como el informante percibe si la expectativa latente en el investigador es la de recibir información novedosa, exótica o de algún modo llamativa o, por el contrario, la de conocer con objetividad lo que para el informante constituye su realidad; si su interlocutor es alguien inexperto o merecedor por su seriedad de un respeto hacia su trabajo de entrevistador equivalente al que está sintiendo hacia su propio trabajo y persona.

Si esa actitud y ese talento presiden el desarrollo de la entrevista, el estilo que finalmente ésta asume es la naturalidad. Claro que el criterio para apreciar esa naturalidad debe ser el propio de los actores. Si esto se consigue, lo demás se produce sin necesidad de seguir regla específica alguna. Obviamente no cabe registrar la entrevista sin el consentimiento de los entrevistados. Pero el modo de preguntarlo o de pedir permiso vendrá dado por la lógica de la situación. El desarrollo posterior de la entrevista seguirá un curso acorde con lo que son las conversaciones en el contexto sociocultural en el que estemos trabajando. Esto no obsta para que sutilmente vayamos introduciendo los temas de nuestro interés en la conversación, sin cortar ni abrumar a nuestros informantes con un caudal de preguntas, sino cogiendo el paso o siguiendo el hilo de sus argumentos. De hecho, una vez hemos presentado el tema ante el informante, la mayoría de nuestras preguntas no son propiamente tales, sino meros apoyos a su discurso con el fin de lograr que prosiga, que no pierda el hilo recordándole lo que él mismo ha dicho. Sólo cuando percibimos que su propio discurso ha cubierto un tramo argumental, ha terminado un razonamiento, una descripción o el propio informante ha perdido interés por las ideas que se están tratando, intentaremos introducir una nueva cuestión. Desde luego no es conveniente forzar al informante en ningún sentido: ni para que conteste a algo que no desea, ni para que diga algo que nosotros buscamos. En realidad

siempre obtenemos datos relevantes. La misma reticencia del informante o su ocultación de información son enormemente significativas. Cuando tropezamos con cierta resistencia a hablar sobre algo, la resistencia misma es la respuesta. Esa es una manera cultural de tratar sobre eso en ese contexto y que nos avisa sobre la valoración que recae sobre tal tema o problema.

Claro está que durante la entrevista atenderemos tanto al conjunto de la situación, como a lo que el informante está contando. No podemos relajar la atención confiando en que todo lo dicho va quedando registrado. Hemos de seguir atentos para contextualizar adecuadamente su discurso y poder extraer nuevas preguntas de aquello que vamos comprendiendo. Con todo, es después, al transcribir la entrevista y releer las notas sobre la observación de la misma, cuando tendremos que trabajar detenidamente el contenido del discurso. Mientras realizamos la entrevista, como ya se apuntó más arriba, lo esencial es escuchar y abrir nuestra atención a lo que se está diciendo, ante lo que está ocurriendo, a la distinta posición relativa de cada uno de los actores que intervienen en el acto, si se trata de una entrevista con varios informantes, así como a las comparaciones que se disparan en nuestro interior como reacción al contraste que resulta entre lo que conocemos y lo que los informantes nos van revelando. Así podremos tomar conciencia del choque cultural que impulsa el diálogo y controlar nuestra actuación durante la ejecución. Este sosten de la atención en tantas direcciones a la vez no está reñido con el esfuerzo moral antes señalado, ni con la necesaria naturalidad en la manera de conducirse en la interacción. Es la velocidad mental del entrevistador atento la que lo permite y la que explica el cansancio al finalizar una jornada de trabajo de campo en la que aparentemente, según las pautas locales, no ha sucedido nada fuera de lo normal. La sensación es muy parecida a la que se tiene tras pasar una tarde hablando en una lengua extranjera. Aún dominando la lengua de los actores, en ambos casos buscamos denodadamente comprender, comparamos y traducimos tanteando, atendiendo a la situación y al tema, buscando en ambos mundos semejanzas en las que apoyarnos para proponer nuevas variaciones de los elementos de lo conocido como modelos posibles o ensayos de comprensión de las diferencias.

Sea cual fuere el tema, institución, ritual, pauta, estrategia o problema de la disciplina que estemos estudiando, es muy probable que nuestro informante ocupe distintas posiciones ante el mismo según las ocasiones y circunstancias de la vida social. En la entrevista deberíamos sondear la variabilidad de los significados que un mismo informante puede manejar en función de esos cambios de posición. Igualmente, en cualquier ritual, institución o tema, serán varios y distintos los tipos de actores intervinientes. Deberíamos entrevistar a todos esos tipos de actores al investigar sobre tales temas, con el fin de recoger las distintas perspectivas desde las cuales se construye colectivamente lo

que estamos estudiando. El estudio de cualquier tema, por tanto, requiere no una, sino tantas entrevistas como fuere necesario para cubrir la pluralidad de roles y posiciones significativas según la estructura social o la más específica de la institución, ritual o tema en estudio. Es más, repitiendo las entrevistas con nuevos informantes iremos descubriendo aspectos antes desconocidos hasta llegar a un punto en la información o en la comprensión tal que lo aportado por nuevas entrevistas resulte ya sabido y redundante. Esa saturación de la información puede servir como criterio para estimar la suficiencia de la muestra etnográfica recogida. Este proceso de repetición de las entrevistas, aun cuando consume tiempo, va progresivamente acelerando y mejorando la investigación ya que con cada entrevista no sólo ganamos experiencia sobre la técnica en cuestión, sino también sobre el tema, los informantes y su contexto. Lo aprendido sobre el tema en una primera entrevista nos sirve para plantear mejor el tema en una segunda, y así sucesivamente.

Aun cuando es la experiencia del investigador, su conocimiento del lugar y de los actores lo que aconsejará tratar un tema en la intimidad o en grupo, es este último tipo de entrevista el que permite una simultánea observación de la discusión del tema entre los actores. Tenemos entonces ocasión para observar en vivo varios puntos de vista sobre un mismo tema; cómo unos actores corrigen la opinión de otros, la ponen en duda o la critican y en función de qué criterios o razones. Obviamente el interés de tales casos no reside en comprobar a quién finalmente se le da la razón. Toda la discusión nos está hablando de algo más que del tema mismo sobre el que versa la entrevista. Nos hace ver el sentido de las relaciones sociales que une y tensa a la vez a los actores; nos descubre un mundo de intereses, de pequeños conflictos, de intenciones solapadas, de usos locales del distinto carácter o talante de las personas; un universo complejo en el que se aúnan y oponen a la vez distintos niveles de realidad. Nada de ello se graba, ya que no suena, ni se filma, pues aun cuando se perciba no se ve sino que se infiere al interpretar su significado. Y ello es posible porque integramos lo observado en la entrevista en el más amplio contexto de la convivencia durante el trabajo de campo.

Con todo, individual o de grupo, la entrevista preparada sobre ese tipo de actitud que hemos descrito, y realizada como un encuentro humano en el que se pretende suscitar un discurso auténtico sobre la cultura de los actores, aporta algo más y que es específico del trabajo de campo intensivo: nos permite ser testigos del testimonio humano de los actores. Presenciar el testimonio de los actores, escuchar de su viva voz sus palabras, ver cómo surgen a veces con la dificultad de quien confiesa un dolor, o de quien conteniendo su alegría o su fascinación subraya aún más los sentimientos que perfilan lo que dice, no es un mero añadido romántico al trabajo de campo. Vivir en directo la producción del dato etnográfico permite una honda inserción en la compleja glo-

balidad del contexto en el que se enraíza el significado del discurso. De nuevo la virtud epistemológica de ese estilo de investigación reside en una cierta suspensión de la discriminación analítica, de la división en partes o elementos, sólo en ese momento de la producción científica, retrasándola para más tarde. Si se prefiere, en el trabajo de campo propio de la Antropología esa estrategia de investigación es para dejar que irrumpa la alteridad cultural en su plenitud. Sumergirse en su entera complejidad es el requisito para que a su vez responda la propia complejidad de la persona del investigador como primer y básico instrumento de investigación, portador de una imagen de lo humano, de una cultura y de una disciplina académica. Ese complejo contacto es el que abre el contraste que fundará la percepción de diferencias y posibilitará más tarde la comparación, ya que localiza el lugar de ocurrencia del problema a estudiar. Será después, al estudiar la etnografía recogida, cuando el esfuerzo analítico y discriminador, crítico y comparativo podrá y deberá tener lugar. Antes, es la contemplación del testimonio del actor en la entrevista lo que permite que un tipo de dato densamente contextualizado llegue así, en su integridad, al entrevistador, sin perder esa riqueza de conexiones semánticas en el lugar, en la historia, en la estructura, en la vida y en la cultura que construyen su auténtica naturaleza. No olvidemos que son datos relevantes de una entrevista o de una observación aquellos que, para producirse y constar, han de estar siendo sostenidos por la integridad personal de un actor, aquellos que sólo nacen porque hay una persona real que los crea integrando una compleja pluralidad de elementos culturales en la unidad de una forma personal. No estamos buscando tasas, proporciones o anónimas frecuencias de conducta. Son otras las técnicas adecuadas para conocer ese tipo de dato socio-estructural. Sólo mediante el trabajo de campo, y en la especial relación que establecemos con nuestros entrevistados, cabe acceder a un tipo de contenidos humanos que sólo nacen cuando alguien los encarna y que, por ello, no se comunican, no se transmiten ni se comprenden si no se pueden contemplar ejemplificados en el sostén conductual de una persona. Es ese ejemplo o testimonio del entrevistado lo que provoca en el entrevistador la experiencia de esos contenidos ajenos, ya que es en la interacción con el entrevistado como éste prueba con su conducta que los sostiene, que los crea al encarnarlos. Es pues en nuestra relación con el entrevistado como podemos llegar a conocer por experiencia esos contenidos humanos en torno a los cuales gravita su cultura. Por eso no exageran los antropólogos cuando alaban las ventajas del trabajo de campo intensivo, ya que no se trata de idealizar una experiencia que les ha marcado como en un rito de tránsito, sino de la eficacia de una metodología bien adaptada para la aprehensión de un tipo de dato que no se alcanza si no es con ella. Dado que este tipo de dato etnográfico requiere ese canal de transmisión experiencial, vivencial, nunca basta la transcripción de la entrevista para hacer

constar su registro. Siendo la integridad de la persona el único instrumento capaz de registrarlo, el entrevistador tendrá que hacer uso de sí mismo para «grabar» el encuentro en su memoria y recrear la experiencia en sus notas y en su escritura.

LA TRANSCRIPCIÓN

Transcribir la entrevista es, sin duda, la fase más tediosa del trabajo. Para transcribir una cinta magnetofónica de noventa minutos hay que invertir varias jornadas de trabajo. Aun cuando las condiciones de grabación hayan sido buenas, las palabras a medias, las autocorrecciones del informante, la distinta estructura del lenguaje oral en relación al escrito, los cambios en el tono de voz, los pequeños ruidos, etc., acaban distorsionando algunas palabras y nos obligan a repetir una y otra vez su audición. Si la entrevista es de grupo, a esos problemas se añade la superposición de varias voces. Con el tiempo acaba uno aprendiendo a seguir cada voz, aislando mentalmente las otras. Repitiendo el esfuerzo con cada una de ellas, es posible transcribir todas las intervenciones sin errores. Por cansado que resulte, conviene que sea el mismo investigador que realizó la entrevista quien se ocupe de transcribirla. Mientras escucha su propia grabación va reviviendo el encuentro y esa rememoración le ayuda a descifrar las expresiones poco claras. Para comprobarlo basta con pedir a un tercero que transcriba una cinta ya transcrita por el propio entrevistador. Comparando ambas transcripciones se aprecia de inmediato la mayor cantidad de lagunas y errores en la segunda transcripción.

Estoy presuponiendo que transcribimos la totalidad de la grabación tal cual ha sido registrada en magnetófono o vídeo. A pesar de que habrá unas partes más relevantes que otras, es mejor no ceder a la tentación de transcribir sólo lo que en un primer momento consideramos importante. Esas partes que juzgamos menos relevantes pueden resultar de gran interés para otro problema que aún no hayamos descubierto. Con todo son siempre partes de un todo en cuyo seno tiene sentido lo que creemos más relevante. Es luego, al estudiar la transcripción, cuando nos daremos cuenta del peso relativo de cada expresión, argumento, figura o comentario del informante. Tampoco aquí, por tanto, es bueno trabajar con prisas. La entrevista ha de ser transcrita sin editarla, sino en su más empírica oralidad. Para ello ha habido autores³ que han usado una multitud de signos convencionales de transcripción con los que distinguen el tono de voz, su volumen, el énfasis, las pausas (hay quien incluso

³ Véase Moerman, Michael, 1988: *Talking Culture: Ethnography and Conversation Analysis*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

puntualiza las décimas de segundo⁴), las partes de dudosa transcripción, el sonido de la respiración, la risa, etc. En esto, como en todo, lo mejor es encontrar un sistema propio con el que el investigador se maneje bien. Comparando transcripciones llenas de signos convencionales, con otras en las que, salvo los propios signos del lenguaje escrito no se han usado sino comentarios escritos por el investigador aclarando el talante del discurso del informante y las incidencias que afecten a su intelección, me han resultado estas últimas las más claras y fáciles de trabajar con ellas. Sobrecargar de signos el texto de la transcripción puede dar la impresión de que ya hemos realizado un trabajo técnico sobre la entrevista, cuando en realidad sólo hemos creado una nueva barrera para su comprensión. La forma que demos a la transcripción ha de resultar fácilmente evocadora de la realidad que se intenta reproducir sobre el papel. Para ello resultan más eficaces los comentarios del investigador bien redactados y claramente distinguidos del texto del informante.

Una vez transcritas las entrevistas conservaremos las grabaciones. De ese modo tendremos al menos tres tipos de documentos: la transcripción escrita, la grabación sonora y las observaciones de campo sobre el encuentro mismo. Esta pluralidad de documentos y su distinta naturaleza nos recordará siempre que, dados los objetivos de nuestro trabajo, la etnografía que hemos recogido no es tan sólo palabras, sino que eso es el extremo visible del iceberg cultural y éste es el que queremos entender y en el que el discurso del actor tiene su fundamento y alcanza su sentido.

Para trabajar el contenido de las entrevistas conviene dejar un margen amplio a un lado de la transcripción, con el fin de poder anotar en él llamadas a otras partes de la entrevista que traten del mismo tema o contrasten con él, o para llamadas bibliográficas o del cuaderno de campo, relacionando así la entrevista con la observación o con la literatura antropológica. Sobre todo, tal margen resulta práctico para ir anotando, como primer borrador, las primeras reflexiones sobre el contenido de la entrevista a medida que la vamos estudiando. Claro está que lo que buscamos al trabajar así la entrevista es reconocer su contenido, identificar todo lo que en ella resulta relevante como etnografía, y nada de eso se consigue tan sólo leyendo y entendiendo lo dicho por los informantes. Obviamente ése es el primer y elemental paso, para el que nos habremos esforzado, oyendo cuantas veces sea necesario la grabación, con el fin de transcribirla con absoluta fidelidad. Pero una vez transcrita hay que distinguir en ella distintos contenidos: lo que se dice, la intención con que se dice, lo que se quiere decir, lo que no se dice, lo que se oculta o calla con una intención determinada; lo que en ella consta como hechos, como opinio-

⁴ Stromberg, Peter G., 1993: *Language and self-transformation. A study, of the Christian conversion narrative*. Cambridge, Cambridge University Press.

nes, como deseos, como lo que debería ser o suceder, esto es, como norma sentida o creída por los informantes; lo que se afirma con rotundidad, lo que se supone, lo que se duda, lo que se niega; lo que se valora, lo que se critica, lo que se aprueba, y todo ello en sus distintos grados de excelencia o de rechazo; lo que se dice de sí mismo y de otros, en presencia o en ausencia de los mismos; lo que, teatralizando las situaciones, se dice poniéndolo en boca de otros, ya que no sólo se nos informa de lo que tal tercer actor dijo o hizo, sino también de la visión que el informante tiene de aquel actor a quien ahora nos representa. Así podríamos seguir distinguiendo distintos tipos de contenido en cualquier entrevista. A ello tendríamos que añadir una muy especial atención para ir detectando asociaciones, oposiciones, correlaciones, comparaciones y contrastes que el propio informante establece entre categorías, valoraciones, ideas, roles etc., ya que éstas son algunas de las principales maneras de identificar las unidades culturales desde su perspectiva *emic*, fijándonos en qué asocia con qué o qué contrapone a qué otro elemento. Es así como empezamos a reconocer lo que en su visión de la realidad son unidades reconocibles.

No quisiera sugerir que, transcrita la entrevista, el investigador debiera empezar a redactar listas de cosas dichas, de cosas deseadas, valoradas, asociadas, etc.; nada más lejos de un estudio sensato de la etnografía. De ese modo se perdería el acercamiento holístico y el sentido de su empírica unidad. Todo ese esfuerzo discriminador del contenido se ha de realizar sin romper su unidad. Se trata de discernir en la etnografía contenida en las entrevistas, no de romper y aislar sus contenidos. Hemos de reconocer las unidades culturales nativas e insertarlas en el más amplio contexto de su cultura. En vez, pues, de aislar lo discernido como contenidos, intentaremos hacer más amplia y densa su contextualización a lo ancho de los distintos ámbitos de conducta, buscando cómo se asocia con otros elementos culturales o cómo se contrapone, en qué otros procesos de simbolización interviene, etc. Así, por ejemplo, si detectamos en las afirmaciones de los informantes una específica manera de valorar la libertad entre los hermanos en el seno de la familia, entendida más que como capacidad de elección, como autonomía personal⁵, buscaremos similares concepciones en el ámbito de la política local y en la conducta económica. Pero también en el ámbito de sus creencias podemos percibir cómo la autonomía de quienes pueblan el panteón religioso de los actores aparece recreada por los actores mediante recursos al azar en sorteos rituales, cuyos resultados, al no ser controlables por los actores, constituyen una eficaz repre-

⁵ Para una exposición más detallada, que sirva de ejemplo del modo como cabe estudiar los valores a partir de la etnografía recogida en entrevistas, véase R. Sanmartín, 1999: «Valores Culturales», Granada, Ed. COMARES.

sentación de la alteridad y autonomía del personaje religioso que actúa en el rito. Esa repetición o constancia de una misma concepción en distintos ámbitos de conducta iremos estudiándola a lo largo de todo el material etnográfico, moviéndonos a través del sistema cultural en toda su amplitud. Si en lo que la entrevista nos describe, esa concepción de la libertad aparece asociada a una cierta manera de entender la igualdad, la solidaridad y la persona, buscaremos si en los demás ámbitos de conducta concepciones similares se asocian del mismo modo o, por el contrario, surgen concepciones distintas o asociadas de otra manera. Acudiendo a la historia del lugar será posible comprobar si esas diferencias dependen de cambios sociales o si, más bien, se relacionan con el distinto ámbito de conducta al que ahora atendemos. Es, pues, a lo largo de este proceso cuando sometemos el contenido etnográfico a una prolongada reflexión, comparación y comprobación, en un momento posterior al del encuentro con los actores en el que, tanto por ello como por la transformación de la experiencia de campo en documentos visuales, sonoros y escritos, se facilita el uso de una distancia crítica y metodológica. En el repetido recorrido de esa distancia entre la vivencia de la alteridad cultural y la imagen del hombre, entre los problemas desvelados y el *corpus* de la disciplina, surgirá la escritura antropológica.

En la redacción que finalmente construimos constan citas parciales de lo registrado en las entrevistas. Entonces, obviamente, se fragmenta la etnografía en su materialidad para engranarse en el hilo argumental con el que creamos nuestra interpretación. Cada cita respeta la literalidad de lo registrado aunque no reproduzcamos la integridad de una entrevista. Una reproducción completa, en apéndice, no conseguiría aportar al lector un mejor conocimiento de la cultura estudiada, ya que el lector carecería de los demás documentos y de la memoria de toda la experiencia de campo vivida que ha permitido la redacción. En ese sentido el texto del antropólogo resulta más revelador que una supuesta neutral descripción de la cultura ajena. Sin esa argumentación no podríamos llevar al lector hacia el conocimiento, no podríamos ponerle en el lugar desde el cual es posible enfocar la atención hacia la cultura estudiada de modo que perciba su estilo, su figura, su forma, su sentido. No olvidemos que, según veíamos más arriba, el conocimiento de la experiencia humana se gesta siempre desde una referencia interpretativa, moral, poniendo en perspectiva a valores los hechos, la conducta, el discurso ajeno.

BIBLIOGRAFIA

MOERMAN, Michael (1988): *Talking Culture: Ethnography and Conversation Analysis*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

SANMARTÍN, R. (1999) «Valores Culturales. El cambio social entre la tradición y la modernidad». Granada, Ed. COMARES.

— (1998): «La razón antropológica» y «Antropología creativa» en C. Lisón (ed.), *Antropología: Horizontes teóricos*. Granada, Editorial COMARES.

STROMBERG, Peter G. (1993): *Language and self-transformation. A study of the Christian conversion narrative*. Cambridge, Cambridge University Press.

RESUMEN

La entrevista es una de las herramientas más importantes para la investigación en el trabajo de campo antropológico. En el artículo se presenta la entrevista como un encuentro humano integral entre el entrevistador y sus informantes. Desde ese punto de vista, la autenticidad del investigador y su actitud moral son tan cruciales como una adecuada construcción del rol del investigador. Más que en hacer muchas preguntas, la clave de la entrevista antropológica reside en escuchar. Pero antes que preguntar y escuchar el investigador tiene que descubrir cuestiones relevantes, y eso implica la necesidad de prestar una detenida y especial atención al contexto de descubrimiento.

ABSTRACT

Interview is one of the most important tools for anthropological fieldwork research. It is conceived as an integral human meeting between the interviewer and the informants. In such a view, the authenticity and moral attitude of the researcher is so crucial as it is the proper construction of the researcher's role. More than asking a lot of questions, the key point of anthropological interview is listening. But before asking and listening, the researcher has to discover the relevant questions, and this implies that it is necessary to pay a slow and special attention to the context of discovery.